

NPM-II

Dr. PEP GARCIA-BORÉS ESPÍ
Departamento de Psicología Social
Universidad de Barcelona
2009

INTRODUCCIÓN

La Psicología Cultural parte del *a priori* de que la experiencia psicológica se constituye en el mundo de significados vigentes en la propia cultura y, por lo tanto, también las problemáticas psicológicas tienen fundamentalmente esta raíz histórica y cultural. En general, lo que pretende un ensayo psicocultural es presentar una interpretación que trata de hacer inteligible cómo son vividos los retos, las problemáticas o los dilemas que emergen en un determinado contexto sociocultural.

En este caso en particular, el análisis psicocultural que extractamos a continuación¹, presta atención a las repercusiones psicológicas que pueden estarse derivando del momento actual de Occidente, caracterizado por la fricción entre los cánones socializados, aún propios de la etapa cultural conocida como Modernidad, y el reciente desarrollo de las que denominamos *condiciones socioculturales postmodernas*. Unas condiciones que obstaculizarían el desarrollo de las experiencias psicológicas tal y como eran promovidas por la Modernidad. Nuevas problemáticas psicológicas, derivadas de la transformación sociocultural, que nos parece que van tomando el cariz de un estado neurótico en aquéllos que se encuentran particularmente afectados. Por esta razón proponemos presentarlo como una forma postmoderna de neurosis.

Antes de entrar en la descripción de estas consecuencias psicológicas y de los distintos modos de afrontar los nuevos retos, consideramos oportuno tratar de sintetizar, aunque sea muy brevemente, los aspectos fundamentales de la Cultura de la Modernidad, así como los desencadenantes de la transformación cultural a la que nos estamos refiriendo.

¹ Este texto es un extracto del artículo: **García-Borés, J. (2000), Neurosis Postmoderna: un ejemplo de análisis psicocultural. Anuario de Psicología, vol. 31, nº4, (Monográfico sobre Psicología Cultural), 163-184.** Dado que aquí es usado como **herramienta de investigación**, además de reducirlo, se han eliminado las cuestiones teóricas y metodológicas, las referencias bibliográficas, así como el apartado de orientaciones terapéuticas pues no eran objeto de análisis en esta ocasión.

PARTE I. ACCESO AL TEMA

1.1 MODERNIDAD

ACT
1

Cuando se habla de Modernidad es para referirnos a la etapa cultural de Occidente, desarrollada fundamentalmente en los dos últimos siglos (XIX y XX), tras el período de la Ilustración. Como en cualquier otra situación cultural, los cánones de la Modernidad han sido y siguen siendo transmitidos por enculturación, utilizados para conformar la propia subjetividad, desde la cual los individuos organizan su experiencia psicológica. Dicho de otro modo, la cultura aporta los recursos simbólicos para afrontar la existencia. Unos recursos simbólicos (creencias sobre la realidad, valores, pautas morales, pautas de comportamiento) que, en la etapa cultural de la Modernidad, no responden a una única metanarrativa (si se prefiere: sentido de la existencia, lógica de conjunto, cosmovisión) sino que pueden identificarse cuanto menos dos, la romántica y la modernista o neo-ilustrada, que coexisten en su seno.

La **romántica** -como reacción contra la hegemonía de la razón del período ilustrado- que con el tiempo ha quedado circunscrita, básicamente, al mundo de las relaciones afectivas y al de los deseos y sueños. Idealista, la metanarrativa romántica nos habla del amor auténtico, de lo emocional, de las pasiones, de la inspiración, de la autenticidad, de los impulsos, de las artes. Es el corazón, no la razón.

La **modernista** -como recuperación y sofisticación de la visión ilustrada- que ha dominado el mundo práctico, el que se refiere a cómo desenvolverse en la vida. Pragmática, la metanarrativa modernista nos habla de lo lógico, de lo razonable, de los hechos, del progreso, del crecimiento indefinido, de la ciencia positivista, del orden, de lo estable, de lo duradero, de lo previsible, de lo seguro. Es la razón, no el corazón.

Con todo, es oportuno añadir aún una tercera metanarrativa presente en la Modernidad, aunque no surgida en ella ya que es la perdurabilidad de la metanarrativa que presidió la Edad Media: la de las creencias religiosas, en nuestro contexto en particular, la **cristiana**.

El caso es que, en términos psicoculturales, lo que destaca hasta el desarrollo de unas condiciones postmodernas, es la adhesión a estas metanarrativas, dando lugar a personas más orientadas por el discurso romántico, otras más modernistas, otras fundamentalmente guiadas por el orden del cristianismo. En general, mostrando cierta adhesión a todas ellas, repartiendo el territorio de la existencia: lo íntimo dominado por lo romántico, lo práctico dominado por el modernismo, lo moral dominado por el cristianismo. A grandes trazos, claro.

En esta coyuntura cultural, el reto psicológico para considerarse una persona adulta no ha sido otro que decantarse por -o elaborar una particular combinatoria entre- estas metanarrativas. Con ello, la persona orientaba su existencia, estabilizando esa opción como propia, obteniendo de este modo sentimientos de solidez, convicción y seguridad ante la vida, y una imagen de sí mismo como alguien que es de un modo y no de otro.

Siguiendo esta línea, en un trabajo anterior tratamos, en primer lugar, de detectar cuál ha sido (y sigue siendo) la propuesta que la Cultura de la Modernidad hace para la cuestión específica de la conformación de la identidad personal, tratando posteriormente de ver hasta qué punto hoy en día esa lógica sigue siendo viable. El resultado de esos análisis nos puso sobre la mesa que las nuevas condiciones socioculturales, a las que luego nos referiremos, obstaculizan la adhesión a la propuesta de la Modernidad. El trabajo que presentamos ahora, profundiza en la vivencia de estas dificultades. Por ello, antes parece oportuno resumir esa propuesta moderna, más cuando este fenómeno de la experiencia de uno mismo será, en buena medida, protagonista también del presente trabajo.

1.2 RECURSOS E IMPERATIVOS MODERNOS EN LA CONFORMACIÓN DE LA IDENTIDAD PERSONAL

ACT
2

Hablamos de *identidad personal* como la vivencia que uno tiene de sí mismo. Optamos, pues, por una definición más fenoménica que objetivista, que a menudo equipara identidad personal a autoconcepto. La *vivencia que uno tiene de sí mismo* incluye la idea de quién se es y de cómo se es; contempla asimismo la autovaloración y la autoestima, los incentivos, expectativas y dudas; e incluye la experiencia del pasado, las proyecciones de futuro, el imaginario de cómo le ven los demás a uno. Aún a costa de pérdida de precisión, esta opción intenta, en definitiva, acercarse a cómo es vivida por las personas la experiencia de uno mismo en su cotidianidad.

Cuando, desde un punto de vista psicocultural, nos adentramos en la indagación sobre la oferta de la Modernidad para la conformación de la identidad personal, lo primero que aflora es la presencia de un recurso fundamental: la idea del *yo*. De hecho, diversos autores han considerado que este concepto es, en sí mismo, un concepto moderno. En todo caso, en la Modernidad, el *yo* se constituye en una visión que podemos calificar de *esencialista*, en el sentido de que se cuenta con su existencia real.

Nos dedicamos entonces a la reconstrucción semántica de esta figura, a indagar sobre los significados que la envuelven. Producto de esta tarea, acotamos seis dimensiones o implícitos, combinatoria de las metanarrativas romántica y modernista, y que a su vez se acompañan de imperativos psicológicos. En concreto, esas dimensiones caracterizadoras de la propuesta cultural del *yo*, serían: *individualidad*, *internalidad*, *substancialidad*, *unicidad*, *inmutabilidad* y *continuidad*. Veamos una síntesis.

Individualidad. Quizá uno de los aspectos más evidentes es que se trata de una visión individualista, es decir, el *yo* es vivido como algo individual, circunscrito al individuo. De este modo, se instituye una separación entre *yo* y los demás, permitiendo a la persona verse como alguien distinto a los otros. Una imagen que, sin duda, se sustenta en la evidencia biológica de disponer de un cuerpo individual, que pasa a ser visto como el contenedor del *yo*. Y también debido a que, al fin y al cabo, la experiencia psicológica la tiene uno, ya se asuma una génesis social de la misma, ya se prefiera creer en un fenómeno que emerge de la individualidad o en una -pre y post- existencia anímica de índole sobrenatural.

Internalidad. En todo caso se trata, siguiendo la propuesta moderna, de un *yo interno*, que se encuentra en el interior de uno mismo. Por esta razón, es vivido como algo propio, privado, íntimo, que nunca se acaba de mostrar del todo, acompañándose de una connotación de *autenticidad*, pues representa lo auténtico, lo genuino de uno mismo.

Substancialidad. Asimismo, este *yo* es vivido como si de una *substancia*, como si de una realidad objetiva se tratara. Algo que pudiera encontrarse. Es, pues, un *yo cognoscible*, pero no sólo como posibilidad, y aquí aparece ya un primer imperativo de la Modernidad en relación a esta experiencia: el *yo* es algo que debe uno llegar a conocer, mediante una especie de ejercicio introspectivo, reflexivo. Consecuentemente, en su defecto, va a generar problemáticas psicológicas por ejemplo cuando “*uno no se encuentra a sí mismo*”, o cuando “*uno tiene la sensación de no conocerse*”, experiencias tan comunes en la postadolescencia o primera juventud, aunque no sólo entonces.

Unicidad. Es un *yo único*, no en el sentido de genuino o idiosincrásico como va implícito en la primera dimensión, sino en el sentido de *unitario*, *indivisible*, un solo *yo*. Disponer de un único *yo* dará lugar a un segundo imperativo, el de *coherencia interna* entre las distintas manifestaciones de ese *yo*. Hasta el punto que, la Cultura de la Modernidad, prácticamente ha

naturalizado esta necesidad de coherencia. Se espera que una persona sea coherente. Y, por ello, la persona también vivirá una experiencia problemática si no logra esa monofonía.

Inmutabilidad. Es un *yo*, además, vivido como una esencia *inmutable, inalterable*, como mínimo en aquello que tiene de auténtico, donde “*lo que me ocurre en la vida puede afectarme, pero no altera el yo que yo soy*”.

Continuidad. Y, consecuentemente con esta inmutabilidad, surge el implícito, y a su vez tercer imperativo, el de *estabilidad*, de *constancia biográfica*, de *continuidad*. Un *yo* que debe disponer de una crónica biográfica congruente. Un requerimiento, en fin, que lleva a la persona a seguir siendo siempre quien cree que es, si no quiere vivirse y ser vivido como alguien inmaduro.

ACT
2

Estas dimensiones nos parece que describen suficientemente las distintas connotaciones del concepto de *yo*. Si prestamos atención, podremos apreciar que, para la Cultura de la Modernidad, las personas deben ser *cognoscibles, previsibles, congruentes y estables* a lo largo del tiempo. Exigencias que se relacionan con la propia de idea de *normalidad* y, en términos psicológicos, de *egostasis*, de equilibrio psicológico, de salud mental en definitiva.

Unas características que se vinculan con la llegada a la edad adulta, en la que uno ya debe conocerse a sí mismo, sus aptitudes y sus límites, sus virtudes y sus defectos; debe estabilizarse y predisponerse a vivir desde ese *yo*, lo que le aporta sentimientos de seguridad y le permite, en efecto, enfrentarse al mundo y a sí mismo sin dudas fundamentales, con convicción. Y cuando alguien, llegado a la edad adulta, no lo consigue, la respuesta de su entorno -y de la actuación psicoterapéutica si ésta se produce- se dirige a tratar de ayudar a la persona a “*encontrarse a sí mismo*”, a “*conocerse*”, a “*aceptarse*”, a “*madurar*”.

1.3 CONDICIONES SOCIOCULTURALES POSTMODERNAS.

ACT
3

Como indicábamos al inicio, nuestro punto de partida es que el reciente desarrollo de las que denominamos *condiciones socioculturales postmodernas* dificulta la continuidad de los parámetros de la Modernidad, supone un reto a sus visiones, se contrapone, en fin, a la consecución de sus imperativos.

El término Postmodernidad es ciertamente polisémico, en parte debido a que ha sido utilizado en distintos contextos. A nosotros nos interesa su dimensión sociológica, cultural y psicológica. En general, los autores que se han dedicado al análisis de la Postmodernidad desde estos intereses, la han equiparado a una incredulidad frente a las metanarrativas, o Grandes Relatos de la Modernidad. También la han definido como un estado de conciencia de los límites de la Modernidad, o como el resultado del fracaso del Proyecto Moderno. Algunos hablan incluso de *Cultura Postmoderna*.

A nuestro juicio, algunas de estas equiparaciones son excesivas. La evidente transformación sociocultural que vive Occidente no ha implicado, por lo menos hasta ahora, una suplantación de las metanarrativas modernas por otras que permitieran hablar en términos de una nueva etapa cultural, sustituta de la Modernidad. Más bien, lo que apreciamos, es la continuidad de las metanarrativas modernas sólo que ahora, las condiciones de recepción, de asimilación, no son tan sencillas como fueron. Por esta razón entendemos más acertado hablar de *condiciones socioculturales postmodernas* que de *Cultura Postmoderna*. A continuación trataremos de sintetizar los principales desencadenantes de esta transformación.

El primer fenómeno trascendental es la expansión social de los medios de comunicación masiva, en particular, de la televisión. Muy por encima de los efectos tradicionalmente destacados por los estudios convencionales respecto a la incitación a la violencia, a las maravillas comerciales de la publicidad o a los votos obtenidos por minuto de candidato, el impacto sociocultural producido por la televisión es de un alcance y fuerza enormes. El medio televisivo crea realidad, existe lo que aparece en el medio. En este sentido, las repercusiones que ello tiene en términos de poder, son obvias. Más aún, el medio televisivo se ha constituido en agente de socialización, de transmisión de creencias, de valores, de pautas morales, que compite plenamente con los agentes tradicionales (familia, escuela, grupo de pares). Su fuerza reside en que es agente de socialización de los agentes de socialización. A su vez, es un medio capaz de generar emociones que superan a menudo las emergidas en las relaciones cara a cara.

Los medios de comunicación masiva, en especial la televisión, han producido contundentes procesos de homogeneización. La visión de la realidad del pastor y del urbanita se han acercado hasta el punto que pueden compartir la mirada; ya no son mundos distintos. Y, junto a esta homogeneización, el contenido televisivo se caracteriza por la heterogeneidad, transmitiendo múltiples y diversos modelos de vida, de formas de ser y de actuar, inconexos y desordenados, en una avalancha informativa incongruente. Estos dos efectos, aparentemente contradictorios, pueden sintetizarse en una frase: *“todos vemos lo mismo, pero lo que vemos es muy variado, heterogéneo, disonante, contradictorio”*.

Son los medios masivos de comunicación los que, a su vez, propiciarán el segundo fenómeno, también comúnmente resaltado por los autores que han tratado la Postmodernidad: el conocimiento de los desastres del Proyecto de la Modernidad; la percepción de su fracaso en muy variadas expresiones. La promesa de emancipación del ser humano, los ideales de la Revolución Francesa (libertad, igualdad y fraternidad) van cayendo en la incredulidad. Empezando por los planos social y político, ambos protagonistas del Proyecto Moderno. Con sociedades capitalistas cada vez con mayor desigualdad; con el sueño del Estado del Bienestar desmantelado antes de su madurez; con democracias alejadas de su significado, en las que el ciudadano habla del Estado en tercera persona; con el descrédito obtenido por los poderes públicos; con los ideales substituidos por las macrocifras; con el poder político sometido al poder económico; con la estabilidad y la seguridad en manos de un sistema económico de equilibrio frágil, que convierte a los Gobiernos en marionetas de los movimientos financieros transnacionales y de los intereses de las multinacionales, ambos incontrolables.

De otra parte, el Progreso, estandarte de la Modernidad, con sus indudables avances conseguidos al precio del desastre ecológico: agotamiento de recursos, clima modificado, agujero de ozono, desertización, residuos radiactivos por miles de años, químicas estrogénicas, caída en picado de los espermias viables. Todo en sólo 50 años, y va, por ahora, a más. Porque es producto del estilo de vida que hemos creado, al que nos hemos incorporado y del que los especialistas hablan de mantenimiento imposible a no muy largo plazo.

Frente a las metanarrativas modernas hay que añadir, también, Auschwitz, Hiroshima, Vietnam, Balcanes...; o los 100 millones de muertos por guerras a lo largo del siglo XX, el 70% de los cuales eran civiles. Por no añadir que el 5% de los habitantes del mundo disponen del 87% de los recursos, o que cada día 35.000 niños mueren por causas evitables (datos de UNICEF), algo de lo que el Primer Mundo no puede eludir su responsabilidad. Muchos niños muertos de hambre cada minuto, casi a la misma velocidad en que la especulación bursátil triplica fortunas de particulares. Y miles de ejemplos más. Éste es el orden de Modernidad que el medio televisivo nos presenta cada mediodía. Desbordante y, claro está, tiene necesariamente efectos psicológicos.

El tercer elemento que nos parece destacable es la aceleración de los cambios socioculturales, emblematizados por la revolución tecnológica de la última década del siglo XX. Las nuevas

tecnologías se han impuesto y avanzan a tal velocidad que ahora es el ser humano el que debe correr desesperadamente tras su técnica. Fenómeno que se dirige, inexorablemente, a producir una nueva gran fractura social en el mundo: los que están en la red y los que no.

ACT
3

Pueden añadirse otros aspectos del cambio, menos destacados por los autores: la aceleración del estilo de vida, mucho más orientado a la acción, a la hiperactividad, al ritmo acuciante del cada día; o la implantación del neoliberalismo como "lógica natural", como sistema único para la organización de la vida social, con la imposición de la competitividad. Una competitividad que ha pasado en pocos años de ser vista como una actitud despreciable frente al ideal de cooperación, a ser exaltada como panacea de todos los problemas, cuando no como característica inherente -con su agresividad intrínseca- a la naturaleza del ser humano.

En todo caso, un mundo distinto, con las mismas metanarrativas de la Modernidad, pero un mundo distinto del de hace veinte-treinta años. Unas nuevas condiciones que afectan los modos de vivir y afrontar la realidad, transformando estilos de vida y generando, como es lógico, nuevas situaciones, dilemas y problemáticas psicológicas.

PARTE II EFECTOS PSICOLÓGICOS GENÉRICOS (Fase pre-neurótica).

En esta segunda parte tratamos lo que denominamos *efectos genéricos* dado su amplio alcance social y que dibujarían una *fase pre-neurótica*. Fase que puede agotarse en ella misma, es decir, no avanzar más, constituyéndose en un conjunto de repercusiones psicológicas derivadas directamente de la transformación sociocultural postmoderna, de esta especie de atmósfera cultural enrarecida que hemos tratado de describir. En este mismo apartado se distinguen, a su vez, cuatro modos de afrontar estos retos postmodernos: la exclusión, el convencimiento, la desorientación y el agobio. Maneras de afrontar que pueden entenderse también como distintas formas de afectación, o síndromes, resultantes de la presión descrita.

2.1 EXPRESIONES COMUNES.

EPG
1

La multiplicidad de referentes, aportados por los medios de comunicación masivos, conduce a que las personas desarrollen múltiples y diversas adhesiones parciales que, en consecuencia, ponen en jaque a uno de los imperativos fundamentales de la Cultura de la Modernidad, ya mencionado anteriormente: **la exigencia de coherencia**. Así, uno puede identificarse como progresista y, a su vez, caer en la tentación de reivindicar privilegios por razón de estatus; o hacer suyos modos propios de un pragmático mientras le seduce un planteamiento idealista; o defender la paz y reclamar venganzas. Uno lo ve en él y en los demás. Pero la paulatina imposibilidad de verse a uno mismo como alguien coherente genera, a su vez, **sentimientos de inconsistencia y de inseguridad**, puesto que esa coherencia es la base (moderna) para "sentirse seguro de uno mismo".

EPG
2

La avalancha de información produce, asimismo, efectos de **saturación** a distintos niveles. En primer lugar, saturación cognitiva, por la incapacidad de asimilar ordenadamente tantísima información, disminuyendo la capacidad crítica ante los mensajes recibidos, dificultando las tomas de decisión e instalándose frecuentemente la duda. También saturación valorativa, provocando incongruencias en la jerarquización de qué es importante y qué no. Comprensible, si tenemos en cuenta que tras la imagen de brutales muertes bélicas, la información inmediatamente siguiente, a menudo más dilatada en tiempos, es el resultado obtenido por el club de fútbol favorito. Y saturación afectiva, cuyas expresiones van desde la capacidad de seguir comiendo mientras observamos la apabullante imagen del niño etíope, hasta vernos emocionados cinematográficamente y ser capaces de pasar, fácilmente esquivos, al lado del mendigo que yace en nuestra acera. Saturaciones valorativas y

afectivas que redundan aún más en la sensación de inconsistencia de los propios modos de vivir derivada de la saturación cognitiva. Se instala esa sensación de que **nada se sostiene por completo**, de que nada merece adhesión fiel.

EPG
2

De otro lado, los fracasos de los proyectos de la Modernidad, de los que hemos hecho una síntesis anteriormente, generan, como es lógico, el desarrollo de una **incredulidad** hacia los Grandes Relatos de la misma. Esta incredulidad se acompaña de **sentimientos de desencanto**, decepción, desengaño, de abatimiento y pesimismo hacia la humanidad y cómo ésta funciona. Más aún cuando en el ambiente flota un **convencimiento de inevitabilidad**, de que el mundo, la vida, es así, y no se puede hacer nada para evitarlo. Claro está, esta percepción acaba teniendo repercusiones en el modo en que uno se enfrenta al mundo. Como a menudo aparece en los textos sobre Postmodernidad, estas repercusiones son planteables también en términos de actitudes frente a la vida. Así, podemos detectar hasta tres líneas actitudinales genéricas:

- a) escépticas, nihilistas y/o pesimistas;
- b) frívolas y cínicas, o simplemente esteticistas;
- c) pragmáticas y/o egocentradas.

que se han ido instalando en la normalidad primermundista, que algunos identifican como “actitudes postmodernas” y otros las atribuimos al fracaso de las promesas modernas.

EPG
3

Asimismo, van cambiando los **parámetros de autovaloración**. Menos orientada, por ejemplo, a verse como una “buena persona”, a saber estar a la altura de los acontecimientos que a uno le trae la vida (los buenos, los duros y los dramáticos), o a mantenerse fiel a unos principios (algo que sostuvo tantísimas autoestimas), la autovaloración personal se deja seducir por la orientación a la acción, poniendo la autoestima en manos del balance de “cosas hechas” en la vida, cuantas más mejor. También la orientación neoliberal, la lógica del mercado, se traslada a la esfera personal e interpersonal: éxito personal vinculado a éxito social (aunque sea pequeño); “publicitación” de uno mismo y recelo hacia los demás; parecer virtuoso más importante que serlo.

EPG
4

Por su parte, la aceleración de los cambios socioculturales produce una sensación de modificación constante, de que nada perdura, de que nada es estable y duradero. Y la aceleración de la vida cotidiana se acompaña de una impresión estrepitosa de superficialismo, de que las semanas, los meses y los años pasan y pasan, a toda prisa, sin percatarnos siquiera. Sentimientos de que a uno se le está escapando la vida y de que no se tiene el control sobre la propia existencia.

EPG
5

En definitiva, como se indicaba al inicio de este apartado, estamos ante unos efectos genéricos de la transformación sociocultural postmoderna que vivimos, los cuales generan paulatinamente un modo distinto de ver la vida, más caótico que ordenado, que habitualmente se acompaña de unos estados de ánimo y unas actitudes como las descritas. Unos efectos que empiezan a ser ampliamente compartidos, por lo que, y eso tiene una importancia fundamental, se encuentran de algún modo protegidos por una connotación de *normalidad*: mucha gente lo comparte, a mucha gente le pasa. Ello evita que esta afectación sea vivida como una problemática psicológica individual.

2.2 MODOS DE AFRONTAMIENTO O SÍNDROMES.

Claro está, también encontramos muchas diferencias en cómo estas circunstancias son vividas, motivadas por diversas razones, como el nivel formativo, la situación socioeconómica o la misma cuestión generacional. A continuación establecemos cuatro maneras genéricas de encarar la nueva situación sociocultural -o *formas de afectación*- cuyas fronteras son, lógicamente, difusas.

La **Exclusión**. Síndrome que implica la incapacidad de adaptarse. Afecta a aquellas personas que se ven incapaces de hacer suyos los cambios. Quizás el sector social más ilustrativo sea el de las personas mayores, el de la tercera edad. En efecto, en ellos apreciamos que muy a menudo se generan sentimientos de que el mundo se les ha escapado de las manos. El orden de la Modernidad, que determinó sus vidas, sus decisiones, su modo de entender, está sobrepasado por unos cambios que no pueden asimilar. No pueden hacer suyos unos modos de vivir que ven absolutamente normales y cotidianos para sus descendientes. Un nuevo mundo que ha fulminado al suyo. Ni lo comprenden, ni se les comprende. Para mayor agravio, el respeto, tradicionalmente ascendente con la edad, cae ahora en picado con la ascensión de la categoría *viejo*. Se formaron en un mundo en torno a la guerra, transformaron su modo de entender la vida con el desarrollismo de los años sesenta. La revolución tecnológica de los noventa ya es demasiado. Sólo hay que escucharles para captar la fractura biográfica motivada por estos cambios culturales: ya han sido de dos modos, tres es excesivo. No son los únicos. Otro sector, inmenso, que genera este sentimiento de exclusión es aquel caracterizado por un nivel educacional bajo, personas que también sienten que no pueden alcanzar los imperativos del nuevo mundo.

El **Convencimiento**. Situación característica de aquellas personas que comúnmente se identifican como integradas, adaptadas o convencionales. Continúan con el *credo* de la Modernidad y, por ello, tratan empecinadamente de leer los cambios socioculturales en clave moderna, con predominio modernista: quieren ordenar el desorden. Siguen creyendo en el progreso y entienden los fracasos de la Modernidad como imperfecciones a corregir. Aún es la situación socialmente mayoritaria, e incluye a quienes, hoy por hoy, dominan los medios para versionar la realidad, sea públicamente, sea en el ámbito laboral o el familiar. Éstos, en consecuencia, actúan como agentes del mantenimiento de las metanarrativas modernas. Si consiguen cierto orden en su entorno privado, están bien y creen que ese orden debería gobernar el mundo.

La **Desorientación** se expresa en los afectados de modo directo: no saben por qué apostar, hacia dónde dirigir su vida, cómo ser, qué hacer. Generacionalmente, la franja de edad más habitual es la que podríamos denominar *jóvenes adultos*, esto es, entre los 20 y los 30 años. Aunque incluso, más que la edad, dos circunstancias nos parecen muy determinantes de esta incidencia: el que aún no se haya producido la independencia del domicilio parental, y/o el que no se haya obtenido aún la independencia de la economía parental. O dicho de otro modo, el proyecto de vida está aún por determinar.

El **Agobio**. Por su parte, cuando nos referimos a los *agobiados*, no es en un sentido de *estresados* sino en el de una insatisfacción respecto a la vida que se está llevando. Por esta razón, este tipo de afectación derivada de los cambios socioculturales descritos, es más habitual en personas que ya se encuentran instaladas en un *modus vivendi* propio y definido. Un proyecto de vida está ya funcionando. Consecuentemente, la franja generacional en la que habitualmente se produce este fenómeno es la que nos gusta llamar *adultos jóvenes*, entre 30 y 40 años, alargándose a menudo hasta los 45 años.

En todo caso, no nos vamos a ocupar de los dos primeros síndromes (la *Exclusión* y el *Convencimiento*), ya que, en esta ocasión, queremos centrarnos en los otros dos tipos de afectación: la *Desorientación* y el *Agobio*, puesto que representan dos modos de afectación característicos de las condiciones postmodernas. En consecuencia, los afectados también resultarán ser más susceptibles de entrar en una dinámica desbordante como la que pretendemos describir seguidamente. Obviamente, con diferencias entre estos dos tipos de manifestación, que también trataremos de ir especificando.

Antes, sin embargo, es importante insistir en que esta diferenciación no es estanca y rígida sino difusa; que se podría haber establecido bajo otros criterios y que los utilizados no son necesariamente determinantes sino orientativos. Con particular cautela deben tomarse las atribuciones generacionales puesto que, por ejemplo, muchos *jóvenes adultos* tratan de resolver su existencia como lo hacen los que podríamos llamar *adultos mayores*, que más bien acostumbran a ubicarse en la categoría de los *convencidos*. Aún así, si hacemos estas atribuciones generacionales es porque parece ciertamente distinto, dada la drasticidad de los cambios acontecidos, haber sido socializado en el franquismo que haberlo hecho en la era informática. Pero sólo por eso.

2.3 ESTRATEGIAS DE SOPORTABILIDAD.

EPG
8

Independientemente del modo de afrontamiento, podemos también destacar algunas *estrategias de soportabilidad* de esta nueva situación sociocultural que son muy comunes: el recurso a la distracción, al entretenimiento, en los más jóvenes podríamos decir al “*divertidismo*”, que llena vacíos, que elude reflexividades, que endulza el presente inmediato; la diversificación de la motivación en pequeños incentivos al alcance, en general, traducibles en la capacidad de obtención de bienes materiales o bien de esos mismos actos de entretenimiento; el confort, presentado como equivalente a felicidad, con su aliado placer somático y su efecto letárgico; y las pasiones, “*futbolizadas*”, por decirlo de manera sencilla. Legítimo, claro. Otra cosa es si estas estrategias, que sin duda a corto plazo funcionan, no suponen a la larga un factor más de la crisis que describimos a continuación.

PARTE III EFECTOS PSICOLÓGICOS ESPECÍFICOS (Fase neurótica).

3.1 SOBRE EL CONCEPTO DE NEUROSIS POSTMODERNA

La que hemos dado en llamar fase pre-neurótica puede, como se indicaba, no ir más allá o bien puede actuar como base de conflictividades más específicas, en lo que denominamos *fase o estado de neurosis postmoderna*. Tal vez sea conveniente aclarar, especialmente para aquel que pueda sentirse reflejado, que no hay frontera entre “normal” y “neurótico”. De hecho, sería más apropiado hablar, no de “neurótico”, sino del grado de neuroticismo en que se encuentra uno en un momento concreto de su existencia. Y, en este mismo sentido, cuando aquí nos referimos a estas dos fases (pre-neurótica y neurótica), hay que entender que más que dos estados claramente separados, la afectación psicológica postmoderna es una cuestión de grado, de un *continuum* que va desde una vivencia *normalizada* (no vivida como problema personal por la amplia afectación social, decíamos antes) hasta una experiencia propiamente neurótica, de la cual trataremos ahora de sintetizar sus manifestaciones más destacadas o efectos específicos.

Así, hablaremos de *neurosis postmoderna* en aquellos casos en que las expresiones de la fricción Modernidad-Postmodernidad empiezan a protagonizar la propia experiencia. Bien sea porque las manifestaciones que se acaban de describir ya son vividas de un modo notoriamente angustiante, bien sea porque avanzan hacia conflictividades más concretas en el seno de la propia experiencia personal cotidiana. De un modo u otro, tres son los **síntomas** más destacables:

La duda constante.

La incapacidad de renuncia.

El temor a la estabilidad.

Pasamos a ver en detalle las manifestaciones de estos síntomas en la experiencia de identidad personal, dada la trascendencia psicológica de este espacio vital que se refiere a cómo se ve uno mismo, cómo se siente uno consigo mismo. Posteriormente, ilustraremos estos mismos síntomas en otros ámbitos de la existencia, de forma más sintética, como puedan ser en el plano relacional en general, en el de las relaciones íntimas, o en el de la proyección profesional.

3.2 EN LA IDENTIDAD PERSONAL

NPM
1

Duda Constante.

La instalación de la duda constante adquiere gran visibilidad cuando la situación de encontrarse ante múltiples elecciones revierte en las posibilidades de quién ser y de cómo ser, no pudiendo obviar que se podría estar siendo *otro* dentro de una variedad de *otros posibles* al alcance. Se agrava un fenómeno al que ya antes se ha hecho referencia: a la persona le resulta imposible acallar las múltiples voces que siente como propias, a pesar de disonantes y contrapuestas, lo cual le imposibilita disponer de un sentimiento de coherencia interna (ahora sí de modo desequilibrante) al verse sumido en múltiples contradicciones que responden a los distintos discursos inconexos que ha internalizado. Instalado en esta dilemática empieza a no ser fácil adecuarse a la propuesta/imperativos de la Modernidad. Al afectado le resulta prácticamente inviable encontrar aquel yo, único y auténtico, que cree que se haya en su interior y que pretendidamente es; se le hace difícil acotarlo, delimitarlo.

NPM
2

Ciertamente, cualquier elección genera en la persona un estado de ponderación de las alternativas que tiene delante, pero cuando hablamos de *neurosis postmoderna* nos referimos a una descompensación del equilibrio psicológico. Desequilibrio derivado del choque entre una vida protagonizada por las elecciones, llena de posibilismos en este caso respecto a quién ser, y el ideal moderno de un yo estable, definido, seguro, sin dudas trascendentales que, como vimos, es propuesto por la Modernidad como ideal cultural, psicológico e, incluso, terapéutico.

Esta coyuntura es vivida con ansiedad, sintiéndose el afectado incómodo consigo mismo, contradictorio, confuso, a menudo asociándolo a una autoimagen de persona inmadura, de alguien que "*no se aclara*". Ya no digamos en todo lo que suponga proyección al futuro. Éste no sólo no se vislumbra con un mínimo de claridad, sino que es un tema ansiógeno, que se trata de evitar con trazos incluso fóbicos, pero que siempre está latente a muy poca profundidad, amenazante.

Conforme avanza el impacto postmoderno, estas dificultades van invadiendo la experiencia de uno mismo, tomando cada vez más el tono de una crisis existencial que instala a la persona en una intensa conflictiva interna. Con todo, en las expresiones del síntoma de la *duda constante*, habrá diferencias importantes entre los dos tipos de afectados que hemos decidido estudiar.

NPM
3

El afectado de *desorientación* habitualmente verbaliza la situación en términos de que no sabe quién es. Puede seguir creyendo en un *yo auténtico* que no encuentra y además intuye, o incluso ya es consciente de que puede ser de muchos modos y no se decide por quién y cómo ser. En general, no visualiza el futuro del que a menudo no quiere ni hablar. No es capaz de esbozarse a sí mismo en él, focalizándose en el presente. En cambio, habitualmente el *agobiado* ya es de un modo y sabe que puede seguir siéndolo, pero también sabe que podría ser otro y, sobre todo, no puede evitar saberlo. Sí se visualiza en el futuro, por lo menos en la versión continuista de sí mismo, pero recela de ella o bien ni siquiera le satisface.

NPM

4

Incapacidad de renuncia.

Pasemos al segundo síntoma, la incapacidad de renuncia, donde el tema es “*lo que uno quiere*”. Sumido en ese mundo de múltiples posibilidades, de factibles expectativas, de vidas posibles, el afectado se ve abocado a una pugna de deseos a menudo mutuamente excluyentes. Acosado por sí mismo, se ve envuelto en una constante batalla por determinar cuál de sus deseos contrapuestos es más auténtico. Y mientras, sigue sometido aún a las directrices modernas lo que, en efecto, está detrás de que se vea como alguien confuso e indeciso, pues la presión del entorno moderno es implacable: “*pero, tú... tú tienes que saber lo que quieres.*”. Y antes incluso de ver algo en claro, se impone una angustiante intuición: la incapacidad de apagar los deseos en su caso descartados. El dolor de la renuncia se acentúa en contraste con épocas anteriores de normalidad moderna, ya que ahora las renunciaciones no pueden justificarse por fidelidad a una ideología a la que se hubiere inscrito, porque eso ya no existe. Si antes tal vez era difícil saber lo que uno deseaba, bajo el estado que estamos describiendo, lo que ahora pesa es la incapacidad de prescindir de alguna de las posibilidades deseadas.

NPM

5

Esta dificultad de renuncia, entendida también como inmadurez en la Modernidad, tiene muy diversas expresiones. El joven no se va de casa de sus padres por diversas razones, pero entre ellas está el no querer desprenderse de los placeres derivados de la “madre-omniasistenta”, que le subió cual príncipe. Una madre que a menudo no tiene ningún interés en que desaparezca su fuente de sentido del día a día. Un estilo de madres, afectadas por el fantasma del *nido vacío*, que han subido seres que ahora se sienten incapacitados para la limpieza de un inodoro (“¡uy, qué asco!”); o para ir a comprar al supermercado, sorprendentemente vacío de esta franja generacional (“¡uff, qué rollo!”). El joven afectado no está dispuesto a renunciar ni a una brizna de confort. No está dispuesto a irse de casa sin garantizar un estilo de vida más que acomodado. Pero a su vez, no puede evitar el dolor producido por los significados de la propia Modernidad que le definen, insidiosamente, como inmaduro, como adolescente. No sabe que pensar de sí, está *desorientado*.

En el *agobiado* las expresiones son, aquí también, algo distintas. A lo que no puede renunciar es al sueño de una vida diferente de la que está viviendo. Una vez caduco el recurso cultural que hacía equiparable el abandono de los sueños a “*sentar la cabeza*”, no puede dejar de pensar en un cambio radical. Pero eso pasa por la renuncia de todo lo que ha conseguido. Y aparecen los miedos. Y reaparecen los sueños. Y reaparecen de nuevo los miedos. Balanza de renunciaciones cuyo fiel no se detiene, siempre angustiosamente oscilante.

NPM

6

Temor a la estabilidad.

Como es fácil deducir, este segundo efecto, la incapacidad de renuncia, retroalimenta al primero, la duda constante. Acompañando a estos dos síntomas, observamos un tercer efecto, novedoso culturalmente hablando y, en ese sentido, síntoma específico de las problemáticas que estamos describiendo: el temor a la estabilidad. Un temor que está también relacionado directamente con el colapso de elecciones, con el ineludible y constante cruce de caminos incompatibles, con la insoportabilidad de oportunidades perdidas, con la inabarcabilidad de posibilidades. Efectivamente, bajo esta experiencia surge el temor a la estabilidad, sea cual sea su expresión. A la estabilidad incluso del propio yo. Así, en su expresión sobre la experiencia de identidad personal, se traduce en verse condenado a desarrollar una única existencia, homogénea y estable.

NPM
6

No es ya lo que se indicaba más arriba en términos de incapacidad de concretar un *yo*. Lo que se destaca ahora es que la expectativa de estabilización genera, por sí misma, angustia, rechazo. Podríamos denominarlo el *síndrome de la envidia al gato*. Ciertamente la panacea sería poder vivir siete vidas, o lo que sería lo mismo, siete *yoes* distintos, cada uno con una vida entera. Estamos, como decíamos, ante una crisis existencial que, en su desarrollo, conduce incluso a esbozar esas vidas posibles, esos *yoes* posibles. Una crisis existencial imponente, vivida como irresoluble: ¿por cuál de esos *yoes* decidirse?. ¿A cuál de ellos entronar para que gobierne la existencia?. Más aún cuando se es capaz de intuirlos, de diferenciarlos nítidamente, de desearlos.

NPM
7

Y cuanto mayor es el posibilismo, más potencialidad tiene esta crisis. Un posibilismo que nos habla de recursos personales (educativos, laborales, económicos), de la capacidad de tener alternativas. Por ello, junto a los jóvenes que tienen el futuro abierto, este tipo de problemáticas es más frecuente en aquellos sectores sociales que disponen de los mencionados recursos. Por eso decimos que, en este nivel, ésta es fundamentalmente una afectación psicológica primermundista.

Cuando ya se encuentra ante este dilema, el *desorientado* es incapaz de decantarse por un *yo* y estabilizarlo, mientras que el *agobiado* no soporta la idea de seguir siendo siempre el mismo y, por ende, vivir una única vida. Ahora bien, abrirse a cambios del *yo* no es tan simple, pues hacerlo dificulta la generación de un sentimiento de *constancia biográfica* que nutría a la identidad personal de base esencialista. Recordemos en este sentido lo dicho respecto a los inevitables cambios que tuvieron que asumir nuestros mayores.

NPM
8

En todo caso, para el afectado, el cántico moderno a la estabilidad perdió su encanto de felicidad. Para él, ya no lo tiene. Al contrario, la estabilidad se convierte en un fantasma, el fin de la atraktividad de la vida. Eso no quita que, la estabilidad, dominaba el mundo oscuro y hostil de los miedos asociados a la inestabilidad, que ahora queda al descubierto. Ahí está la pugna incapacitante, ahí está el afectado en medio de un fuego cruzado en el que los dos bandos son propios.

En esta dinámica, el *desorientado* trata de evitar compromisos consigo mismo. En ocasiones con reacciones inmediatamente aversivas ante cualquier limitación de posibilidades. Paradójicamente, ello le mantiene estancado en una situación más propia de un adolescente que de un adulto. Por su parte, el *agobiado* siente pánico de que todo siga igual y puede presentar estados depresivos derivados de verse ceñido a una existencia cerrada, limitada, encapsulada. Cuanto menos, el estancamiento le produce un sentimiento de *insatisfacción permanente*. La ilusión de renovación consumista (cambios frecuentes de coche, de equipos de música, de piso) ha dejado de ser un recurso motivacional útil. Vive mal la pérdida de la juventud que intenta retener, pues la asocia al mantenimiento de las opciones abiertas. Sabe, que si mañana dice basta, mañana empieza una nueva vida, pero no se atreve.

3.2 EN OTROS ÁMBITOS DE LA EXISTENCIA.

Como ya se puede ir viendo, la conflictiva presentada es de una amplia abarcabilidad, atañe a los distintos ámbitos de la existencia, no sólo a la identidad personal. Incluso, a menudo, éste es el espacio del que más tardíamente se toma conciencia.

NPM
9

En el plano **relacional**, se produce una inversión con respecto a la tónica tradicional de la Modernidad. La inercia moderna consistía en una progresiva selección de unas pocas amistades, vividas como profundas y auténticas (*los amigos verdaderos*). Decrecían en número y aumentaban en rango. Las condiciones postmodernas nos hablan, como se ha indicado anteriormente, de lo contrario, por lo menos en cuanto al número. Un incremento de relaciones derivadas de las múltiples participaciones en distintas redes sociales, producto de una mayor movilidad, de más asistencia a lugares de estudios, de la incorporación de la mujer al trabajo fuera de casa en la medida en que se ha producido, de mayor movilidad laboral, de viajes. Al incremento de relaciones cara a cara se le añaden también las electrónicas, son los *e-mail*, los *messenger*, los *facebook*...

Esta importancia de la vida social, desarrollada fundamentalmente en los espacios de ocio, va tomando carácter de imperativo. Casi es obligatorio “salir” (“ir de copas”), más o menos frecuentemente según las franjas de edad, lo que se acompaña de tener recursos económicos para hacerlo y de tener con quién hacerlo. Este carácter comporta que, cuando no es posible, los afectados se deprimen.

Un incremento de la vida social, que choca con la ocupación temporal del trabajo, con la circunscripción a una única relación de pareja, con la asunción de responsabilidades familiares. En especial el *agobiado*, tiene cada vez más nexos, pero también cada vez menos tiempo para ellos. Por su parte, el *desorientado* se niega a limitarse a un único grupo de amigos. Le asusta, siente que se autolimita. Cada noche duda sobre qué hacer, con quién salir, no fuera a perderse aquella ocasión mágica que lo transforme todo. Y, de nuevo, la Modernidad identifica como adolescente la necesidad de seguir “*saliendo con los amigos*”.

NPM
10

En el plano de las **relaciones íntimas**, crece la imposibilidad de materializar el discurso romántico, el del amor verdadero, el del amor único. El discurso sigue vivo, cómo no, inculcado y reificado constantemente por la metanarrativa romántica de la Modernidad, en los cuentos, en las novelas, en los *telefilms*, incluso en los discursos de la normalidad. Pero ahora, choca con la posibilidad de otras relaciones, imponiéndose la intuición de que, con otra persona, se desarrollaría otra vida distinta; otro *yo*, distinto.

El afectado de *desorientación*, en especial si es joven, prueba y prueba, y nadie le convence suficientemente. Además, seducido aún por el canon de pareja convencional, no se ve capaz de adecuarse a los compromisos que son inherentes a ese modelo. El *agobiado*, por su parte, vive con frustración la caída del entusiasmo, de la que él mismo ha sido partícipe mediante su acomodamiento, su desatención relacional. Intuye, en efecto, que posiblemente con una nueva persona estaría mejor. Pero eso, además de implicar deshacerse de lo que tiene, significa traicionar la promesa de estabilidad que, implícita o explícitamente, le ha hecho al otro.

Mientras, también aquí y para ambos casos, la presión del entorno moderno es implacable: “*pero..., tú tienes que saber a quién amas...*”, “*¿pero, le quieres o no quieres?*”. Crece el temor a una relación estable; crece el temor, no ya a que “*el otro me deje*”, sino a ser incapaz de “*querer estar yo con el otro todo el tiempo*”. O, simplemente, por largo tiempo. Temor al canon convencional de pareja, a pertenecer sólo a otro, al compromiso, a la fidelidad, al cierre inherente a variadas posibilidades afectivas (más que sexuales), que están ahí fuera, latentes. Aunque sólo sea en la fantasía.

NPM
11

Incluso surgen incomodidades en el plano de la **proyección profesional**. A menudo éste es el primer espacio en que se toma conciencia de la afectación. Empieza a asustar la posibilidad de un trabajo estable al que estar sometido durante cuatro décadas. Así, incluso el trabajo, como valor moderno, se rinde a la importancia creciente del tiempo de ocio que sugiere, sugestivamente, que cualquier día puede acontecer algo nuevo y maravilloso, renovador.

Recordemos, trabajo y pareja, dos pilares fundamentales de la estabilidad psicológica moderna. Lo vemos en los *agobiados*, quienes incluso trataron de adecuarse a los imperativos modernos. Frecuente en profesionales liberales, que ya no pueden creer en la realización personal a través del trabajo. En mayor medida cuando el afectado por estas tensiones tiene un empleo seguro pero ajeno a cualquier interés propio. La insatisfacción permanente, el agobio, gana entonces presencia.

Lo vemos también en los *desorientados*, que sólo imaginar diez años en el mismo lugar de trabajo les produce ahogo, vértigo, y, sin embargo, paradójicamente siguen formándose sin parar para llegar a él. Se lo inculcaron, como algo imprescindible para poder competir en el hostil mercado de trabajo, soñando con sueldos reservados a una minoría. Y lo saben. Incrédulos ante las promesas de la Modernidad como ningún otro sector social, los jóvenes sufren aún la persistencia de la narrativa moderna. No pueden hacer frente a sus imperativos, a menudo vividos como naturales, por ser la población más afectada por el desarrollo de unas condiciones socioculturales postmodernas, ya que crecieron en ellas.

NPM
12

Ante esta situación, creemos que son muchos los jóvenes que generan un sentimiento amargo de no haber llegado aún a la madurez, de no ser aún adulto, como ya hemos ido viendo. Y no es extraño cuando, esta conflictividad que hemos tratado de describir, les lleva a la postergación de la asunción de responsabilidades, manteniéndose en el hogar (aún más materno que paterno), acogiéndose a la economía (aún más paterna que materna) y optando por tratar de divertirse lo máximo posible. A menudo sin apostar por una pareja mínimamente estable y, por supuesto, viendo la procreación como algo muy lejano, más o menos a unos veinte años de su madurez sexual.

EN SÍNTESIS

SINT
1

La instalación en estas dilemáticas es sutil, progresiva, envolvente. Paulatinamente la situación va derivando hacia una experiencia psicológica protagonizada por la ansiedad. De una ansiedad ocasionalmente *reactiva* a una *ansiedad estado*. Es en este sentido que hablamos de una nueva expresión neurótica, que hemos propuesto denominar *neurosis postmoderna*. Y ello porque, a nuestro juicio, toda esta variada conflictividad conduce a una *pérdida de la egostasis*, entendida ésta al estilo de la psicología de la Modernidad, es decir, como equilibrio del yo, que sigue considerándose una realidad existente. Egostasis, si se prefiere, como equivalente a *estabilidad psicológica*, perdida fundamentalmente por la incapacidad de establecer un *proyecto existencial estable*, tal y como plantea esa misma psicología.

Neurosis, pues, en tanto que expresión de una intensa conflictiva interna. Neurosis, en tanto que la persona no logra armonizar sus deseos. Pero no porque estos choquen con las normas de un *superyó* restrictivo (si habláramos en términos psicodinámicos), o con una realidad externa imposibilitante, sino porque precisamente tiene una realidad externa repleta de posibilidades, porque es incapaz de decantarse entre múltiples deseos realizables. Y porque tiene una voz interna y moderna que sigue exigiendo la selección drástica de unos pocos deseos, armónicos y compatibles, y la represión o supresión del resto, lo cual no soporta.

Una *neurosis postmoderna* que deriva, insistimos, de la fricción Modernidad / Postmodernidad o, más explícitamente, entre enculturación moderna y condiciones socioculturales postmodernas. Un estado neurótico, tanto más intenso cuanto más instalada se encuentre la persona en esas condiciones sin la capacidad de suplantar los parámetros de la Modernidad, que ha internalizado y que siguen dominantes en el entorno social, por otros más acordes a las nuevas circunstancias socioculturales.

SINT
1

Entiéndanse estas circunstancias como nuevo factor que incrementa el grado de neuroticismo, o se opte por hablar de nueva forma de neurosis; se plantee como mera reacción neurótica o como conflicto neurótico permanente, la *neurosis postmoderna* es una situación generada por presiones del mundo externo y, por lo tanto, lejos de una etiopatogenia individual, mucho menos infantil. Los más afectados, sin duda los más sensibles, los menos cerrados al momento cultural actual. Una situación que se presenta con una clínica neurótica variada o inespecífica. En general, como estado de ansiedad permanente, en el que la problemática se presenta frecuentemente y de manera más o menos explícita, en dilemas concretos, tomando casi siempre forma de crisis existencial. Otra situación sería aquella en la que sólo se expresa la ansiedad y, a pesar de tener estas mismas raíces, no se da la capacidad de traer a la conciencia estos dilemas que la motivan. Sea como fuere, y como es habitual en situaciones de ansiedad notoria, ésta conduce, asimismo, a una vivencia egocentrada, en la que la propia existencia está reclamando constantemente atención. La crisis, preside la experiencia.

SINT
2

En todo caso, estamos convencidos de que la historia no volverá hacia atrás, por lo que la Cultura de la Modernidad tiene sus días contados. Eso significa también, aunque no sea el objeto de este trabajo, que con toda probabilidad las recetas modernas no serán funcionales para las nuevas problemáticas psicológicas aquí descritas. Por lo tanto, hay que ir hacia nuevas propuestas terapéuticas, que a su vez pasan necesariamente por el diseño de nuevos modos de entender el mundo y a nosotros mismos más apropiados con los tiempos que nos ha tocado vivir. Hay que crear nuevos parámetros culturales.

Nuevas recetas terapéuticas que pasan por liberarse de imperativos de la Modernidad, como por ejemplo: salir de la lógica esencialista de un yo auténtico, abandonando el *yo soy así* para pasar al *estoy siendo así ahora*, abriendo las puertas a dejar de ser como estoy siendo en cualquier momento; abandonar el imperativo de estabilidad, provisionalizando la experiencia; aceptarnos coherencias parciales; desproblematizar la duda para evitar que nos paralice. En fin, vivir lo que vivimos, pero de modo no problemático. Un cambio de perspectiva. Cuando pasa el vértigo, se nos presenta una visión enormemente creativa y abierta sobre nosotros mismos. En esa tarea estamos.

* * *